

llándose al frente de la reserva general é inmediatos al punto en que yo estaba, cumplieron tambien con valor y prontitud mis órdenes, lo que contribuyó en gran parte á nuestro triunfo.

De los señores generales Mendoza y Paz, solo diré á vd. que me sirvieron, como siempre, muchísimo, y que no quisieron separarse de mi lado ni aun en los momentos que ya finalizado el combate, y estando vencedoras nuestras fuerzas, creí indispensable mi presencia en Santa Inés. El general D. Francisco Alatorre, cuya línea fué hoy atacada, se condujo cual corresponde á su honradez y valor, lo mismo que el señor general Ghilardi y los coroneles Manuel Cosío é Ignacio Alatorre.

El combate de hoy ha sido el mas sangriento y el que mas honra á las armas de la República. Los muertos que dejaron los franceses y de que le hablo á vd., fueron solo en Santa Inés. Diré á vd., por último, que el ejército invasor acaba de recibir un rudo golpe.

Tenga vd. la bondad, compañero, de trasmitir estas noticias al señor ministro de la guerra, y admitir los testimonios de mi amistad y cariño.—*J. G. Ortega.*"

Inserto tambien á continuacion y en lo conducente, las órdenes generales del cuerpo de ejército de Oriente, que tienen relacion con los acontecimientos que se han citado en la precedente carta.

"Orden general del cuerpo de ejército de Oriente, del 25 al 26 de Abril de 1863, en Zaragoza.—El ciudadano general en jefe, justamente conocedor del mérito y valor de los ciudadanos generales, jefes, oficiales y tropa que han concurrido á las funciones de armas tenidas anoche y hoy, repeliendo el asalto enemigo en ambas ocasiones, y sin perjuicio de hacer tambien mencion de todos los que hayan dado lugar á ser nominados, se ha servido disponer se haga mencion honorífica de los ciudadanos coroneles Auza, Flores, Escovedo, Ramirez y Caamaño; de los tenientes coroneles Galindo, Cosío, Nogueyra y Padrés; de los comandantes y capitanes Monasterio, Salas, Beltran, Márquez, Cazarin, Morales, Nava, Diaz y Calvillo; cuyos nom-

bres, empleos y acciones en que se distinguieron, se dirán mañana, así como el brillante comportamiento de los batallones número 14, de Jalisco; 3.º y 5.º de Zacatecas; 2.º de Puebla, y 1.º y 2.º de Toluca, lo mismo que los pelotones de artillería que servian las piezas en ambas jornadas. Todos estos jefes, oficiales y tropa, han merecido bien de la patria y la estimacion de este cuerpo de ejército; pues que á mas de haber repelido al enemigo, causándole notable pérdida en muertos y heridos, le han hecho bastantes prisioneros dentro de la misma plaza.

De orden del ciudadano general en jefe, el cuartel maestre.—*Mendoza.—Comunicada.—Prieto.*"

"Orden general extraordinaria del cuerpo de ejército de Oriente, del 26 de Abril de 1863 en Zaragoza.—El ciudadano general en jefe se ha servido disponer que se espresen y ratifiquen los empleos y nombres de los jefes y oficiales de quienes se hizo mencion honorífica en la orden de ayer, y son los que á continuacion constan.

Coronel Miguel Auza, jefe de la segunda brigada de la cuarta division; coronel Mariano Escovedo, jefe de la segunda brigada de la segunda division, coronel Prisciliano Flores, mayor general de infantería; coronel Juan Ramirez, batallon número 17 de Puebla; coronel Juan Caamaño, primer batallon de Toluca, coronel Rafael Nogueyra, batallon número 24 de Michoacán, muerto; teniente coronel Manuel Cosío, batallon número 3.º de Zacatecas, teniente coronel José María Padrés, batallon número 2 de Toluca; ayudantes del ciudadano general en jefe, teniente coronel Mariano Diaz, teniente coronel Ignacio Calvillo y teniente coronel comandante de batallon Jesus Lalanne; teniente coronel comandante de batallon Mateo Salas, batallon número 3.º de Zacatecas, quien sucumbió y queda desde hoy ascendido á la clase inmediata; teniente coronel Nicolas Morales ayudante del ciudadano cuartel maestre; capitán primero Francisco Beltran, ingeniero, herido gravemente; capitán, Timoteo L. Rincon, ayudante del ciudadano general en jefe, quien sucumbió, y queda ascendido al empleo inmediato; comandante de batallon Carlos Galindo, batallon número 1.º de Zacatecas, herido gravemente; capitán primero Joaquin Cazarin, artillería; pagador Miguel Márquez, quien sucumbió.

Ademas de los jefes espresados, son dignos de mencion honorífica por su brillante y valiente comportamiento en la jornada de ayer, los ciudadanos generales Felipe Berriozábal, Ignacio de la Llave y Alejandro García; así como los coroneles Agustin Villagra, mayor general de la primera division; Ignacio Alatorre, mayor general de la 5.ª Miguel Veraza, jefe del estado mayor del general en jefe de la 1.ª division; Camilo Rios, jefe del estado mayor del general en jefe de la 2.ª Lorenzo Vega, ayudante del ciudadano general en jefe; teniente coronel Agustin Alcérreca, por su constancia y firmeza en la importante comision que desempeñó; teniente coronel de ingenieros Gaspar Sanchez Ochoa, teniente coronel Agustin Inzunza, batallon número 17 de Puebla; teniente coronel Cirilo Castillo, comandante del punto de San Agustin; teniente coronel comandante de batallon Antonio Dominguez, batallon 1.º de Toluca; comandante de batallon Antonio Espinosa, segundo batallon de Toluca; Eugenio Sanchez, ayudante del ciudadano general en jefe; Márcos Espinola, ayudante del ciudadano general en jefe, de la 1.ª division; Ignacio Valdés, batallon 5.º de Zacatecas; capitán 1.º de artillería Rafael Sanchez comandante; de batallon capitán 1.º de artillería Francisco Castañeda teniente coronel de infantería, capitán 1.º de la misma arma, Dionicio Aragon; capitán 2.º José J. Ferrer; capitán de caballería 2.º ayudante, Vicente Torres; capitán de infantería, teniente Máximo Alaniz; capitanes graduados tenientes Ignacio A. Bravo y José María Cortés; teniente Francisco Delgadillo; subtenientes Pedro Peña, Manuel Caricarte, Jesus Oropeza; teniente Manuel María Lombardini. Todos estos últimos individuos pertenecen al cuerpo de artillería, quienes con firmeza y valor mandaban los pelotones de las distintas piezas colocadas en Santa Inés, calle de la Limpia, San Agustin, fuerte de Hidalgo y la batería de reserva situada en el Cármen, y con sus certeras punterías contribuyeron de una manera eficaz al triunfo alcanzado el día de ayer, mereciendo hacerse mencion por su buen comportamiento, del subteniente de la propia arma, Manuel Vega.

Igualmente son acreedores á mencion honorífica los capitanes Eulogio Sandoval, 6.º batallon de Jalisco, Guillermo Velez, ayudante del ciudadano general en jefe, Manuel Ramiro y Santos Solis, ayudantes del ciudadano general en jefe de la 1.ª division, Reyes Rivas y Ramon Ramos; Comandante, capitán Francisco Camacho; capitanes Teodoro Hoffay del 5.º de Zacatecas, Leopoldo Roman y Rafael Ferniza, 3.º de Zacatecas; los tenientes Manuel D. Arteaga, Manuel Alas, ayudante del general en jefe de la 1.ª division; segundo ayudante Ignacio Mendes, 3.º de Toluca, quien sucumbió y queda ascendido á la clase de capitán; tenientes Margarito Moreno, herido gravemente, Ignacio Márquez, 1.º de Toluca; Arcadio Gallegos 5.º de Zacatecas; subtenientes Merced Gonzalez, Jesus Bravo, Francisco Lara, F. Salazar, 5.º de Zacatecas; Salvador Ramos 3.º de Zacatecas.

El capitán Luis G. Olaveza, del batallon número 17 de Puebla, por su muy distinguido comportamiento y valor acreditado, queda ascendido á la clase de comandante de batallon, y ademas se le confiere el grado de teniente coronel.

De orden del ciudadano general en jefe, el cuartel maestre — *Mendoza.*—Comunicada.—*Prieto.*”

A los documentos que anteceden tendria mucho que agregar respecto de las circunstancias que acompañaron á los acontecimientos generales que en aquellos se mencionan; pero me abstengo de hacerlo por las razones que he dejado espuestas.

Aunque me contraje el compromiso de referir pormenorizadamente el día 26 los acontecimientos que tuvieron lugar el 25, no me fué posible hacerlo: ademas creí que la relacion de las circunstancias de este combate y de los anteriores, correspondia mas bien al parte general que debia rendir de la defensa de la plaza, que no á noticias aisladas que daba con precipitacion, y segun lo permitian las graves atenciones que me rodeaban. Solo diré, pues, como un apéndice á lo relacionado en los documentos de que me ocupo: que al hacer su explosion las minas levantando una cuadra de la manzana

del Pitiminí la noche del día 24, mandé algunos de mis ayudantes y á otros jefes de alta graduacion para que inspeccionaran el estado que guardaba la moral de la tropa, y tanto por los informes de aquellos ciudadanos, como por los que me dió el general D. Alejandro García y aun el mismo general Berriozábal, que era el jefe de esa línea, me impuse de que el resto de la fuerza de Toluca, que defendía aquel punto, se encontraba con la mayor entereza y llena de entusiasmo, no obstante haber quedado sepultada una gran parte de ella entre los escombros del edificio que destruyeron las minas.

En la mañana del día 25 y en el acto en que otras de aquellas hicieron de nuevo su explosion bajo los cimientos de la manzana de Santa Inés, me dirigió el correspondiente aviso el señor general Auza, á quien mandé decir: que dentro de algunas horas, y tan luego como cesara el fuerte cañoneo que el enemigo asestaba sobre aquel punto, debería sufrir un asalto, y que siendo el edificio de Santa Inés uno de los de que se formaba la línea de que ya he hecho mencion, la orden que recibía era esta: rechazar al enemigo, ó defender el punto que le estaba encomendado hasta caer muerto ó prisionero con la fuerza que le obedecía. Le mandé decir tambien con el mismo ayudante que llevaba la orden: que por mi parte estaria pendiente de lo que pudiera acontecer en el combate que se trabaria dentro de poco.

La respuesta que dió á lo anterior fué la siguiente: que las órdenes que acababa de recibir quedarian exactamente cumplidas.

Situé por la derecha de Santa Inés á mis ayudantes Diaz, Ortega y García Llamas con el objeto de que me informaran con cuanta brevedad fuera posible, la hora en que el ejército frances lanzara sus columnas sobre aquel edificio. Cumplida aquella consigna, y cuando recibí el aviso que esperaba, ordené que parte de las reservas generales, que se hallaban apostadas en la plaza de armas, al mando de los dignos generales Negre-

te y Prieto, reforzaran las calles y puntos inmediatos á la línea atacada.

Empeñada la lucha, las fuerzas francesas, por todo el frente de nuestra línea y con un arrojo inaudito, marchaban con paso firme sobre nuestros parapetos, sobre la multitud de puntos no fortificados de la plaza, y sobre aquellos en que su artillería nos habia abierto estensas y practicables brechas, cuya actitud imponente y atrevida podia distinguirse cuando algunas ráfagas de viento disipaban la oscuridad que producía el humo del combate.

Las horas se sucedian, y la lucha continuaba sangrienta, sin que la fortuna se manifestara propicia ni á una ni á otra parte.

Yo hacia penetrar á Santa Inés á mis ayudantes Vega, Calvillo Ibarra, Lalanne, Sanchez, Lozano y Sandoval, tanto para recibir informes de los incidentes que ocurrian en la parte interior del edificio, como para mandar decir al general Auza, que no cesará un punto, fueran cuales fueren las pérdidas que tuviera, y que para resolver la cuestion en nuestro favor, solo se requeria acabar de matar á los zuavos de que se componia el regimiento que habia penetrado á aquel edificio. Todas sus respuestas no contenian sino estas sencillas palabras: que estaba enterado y que quedarian cumplidas mis órdenes.

A los generales Berriozábal, Alatorre, Llave, Régules y Ghilardi, les previne: que no hicieran cesar sus fuegos por el frente y flancos de nuestra línea atacada, y mas cuando por los partes que estaba recibiendo, vine en conocimiento, que hechas pedazos por nuestros fuegos las columnas enemigas, vacilaban unas y retrocedian otras por todo el frente de nuestra citada línea. La respuesta que recibí de estos generales, era la misma que me dió el señor Auza.

Uno de los oficiales á quien sacaban herido de Santa Inés me dió: que acababa de dejar al señor general Auza, cubierto con los escombros de una parte del edificio que se habia desplomado sobre él.

Mandé en el acto que penetraran otros de mis ayudantes, para que dieran á los coroneles Escovedo y Ramirez, las órdenes á que aludo en la carta que dejo inserta. Por los informes que de ellos recibí, me impuse: que ya el referido señor Auza, aunque lleno de golpes y contusiones, se encontraba fuera de los escombros y permanecía en el edificio atacado, por no haber querido que lo sacaran de él, y que, si bien vencedor, ya no podía continuar mandando, por el estado de postracion física á que lo habia reducido aquel incidente desgraciado.

Debo tambien decir á vd. señor ministro, para conocimiento del magistrado supremo de la nacion: que no obstante el estado violento en que se encontraban los defensores de la plaza á consecuencia del riguroso asedio que sufría aquella, ni los soldados ni los oficiales franceses recibieron el mas ligero insulto, ni la mas insignificante tropelía ó vejacion de nuestros jefes, oficiales y soldados, sino muestras de consideracion y pruebas de sublime generosidad en el acto mismo de caer prisioneros.

De varios oficiales franceses que me encontraron en la plaza de armas y atrio de catedral, y que estando ya prisioneros venian maldos del brazo de algunos de mis ayudantes y de otros jefes y oficiales de nuestro cuerpo de ejército, unos me suplicaron, que no se les paseara en triunfo, y algun otro, que se les volvieran las armas de que habian sido despojados despues de la derrota que habian sufrido.

A los primeros les dije: que eran conducidos al interior de la ciudad y por las calles precisas, para ser colocados en los edificios mas cómodos y decentes que pudieran encontrarse en el acto; que el ejército mexicano respetaba al valor desgraciado, y no sabia ostentar sus triunfos sino de una manera noble y digna. Mi contestacion á los segundos, fué dar la orden en presencia de ellos mismos, para que se recogieran sus armas y se les devolvieran inmediatamente.

Todos se manifestaron complacidos de mi respuesta, y dándome las gracias cortésmente, siguieron su marcha custodiados solo por nuestros oficiales y por alguna gente curiosa del pueblo.

Poco despues entraron tambien prisioneros y por las mismas calles los zuavos, quienes fueron tratados de la manera que lo habian sido sus oficiales. De las palabras de los mismos zuavos, de la quietud de su espíritu revelada en sus maneras y en su semblante, se conocia claramente la confianza que tenian en nuestro ejército al hallarse prisioneros y en poder de él.

Dí igualmente la orden para que fueran colocados, en edificios cómodos y salubres de la ciudad, aquellos valientes que habian llenado los deberes que tenian como soldados, de una manera audaz y temeraria, y sobrepujando á lo que pudiera exigir el honor y las leyes militares. Dispuse ademas que se les tratara con toda consideracion, y se les alimentara del mejor modo posible, atendida la escasez de víveres en que se hallaba la plaza.

Los oficiales heridos pertenecientes al ejército frances que entraban por las mismas calles, un poco despues, eran conducidos á los hospitales en brazos de nuestros mismos jefes y oficiales, quienes rendian con esto un nuevo homenaje al valor.

Al trasladarme al edificio de Santa Inés, en el que encontré postrado al general Auza, dispuse que los heridos franceses y los nuestros se levantáran inmediatamente, no obstante los fuegos que el enemigo estaba dirigiendo todavia sobre el referido edificio. En él permanecí para ver cumplida la orden que acababa de dar, así como para relevar personalmente á los batallones 3.^o y 5.^o de Zacatecas, con los 1.^o y 2.^o del mismo Estado.

Cuando se recogian los heridos franceses con el objeto de que el arte y la ciencia salváran á los que fuera posible, el mismo enemigo nos hirió dos oficiales, muchos soldados y al bravo teniente coronel Carlos Galindo, quien en mi presencia y al cum-

plir sereno, la orden que le di, una bala de cañon le llevó una pierna.

En vista de esto, mandé al general Ghilardi, á quien acababa de entregarle el punto, que suspendiera aquella humanitaria y filantrópica operacion, y se limitara á levantar los heridos y cadáveres que estaban diseminados en los corredores, piezas y patio del edificio, procurando que todos los auxilios que se impartieran á los primeros, fuera con una igualdad absoluta, esto es, que los heridos franceses se levantaran y fueran conducidos á los hospitales al mismo tiempo que los mexicanos.

Dos horas permanecí en aquel edificio. Las órdenes que di al general Auza la mañana de ese dia, se las dejé tambien al retirarme al señor Ghilardi, quien al recibirlas me dijo: que su palabra de honor me respondia del cumplimiento de ellas.

Por los informes dados por algunos de los prisioneros que se nos hicieron en San Javier y que lograron fugarse del campo enemigo, supe: que otros de los prisioneros estaban en poder de Márquez, y los demas dedicados á rudos trabajos de zapa en los campamentos franceses.

Por mi parte observé una conducta diametralmente opuesta, para no hacer mas dura y violenta la situacion de los prisioneros enemigos, que no tenian otro delito que haber caido en nuestro poder llenando honrosamente sus deberes de soldados. Di al efecto órdenes desde principios de ese mes, para que ninguno de ellos fuera empleado en trabajo alguno; porque quise dar una prueba, observando para esto el mismo programa que el gobierno de mi país, de que aceptaba México la guerra injusta que se le hacia, pero de una manera digna y caballerosa, y sin barrenar en lo mas mínimo los principios del derecho de gentes, ni las prácticas que para templar los rigores de la guerra, ha introducido la civilizacion.

Multitud de cartas de oficiales y soldados franceses dirigidas á los compañeros y jefes que tenian fuera de la plaza, á

sus familias residentes en Paris y otras ciudades de Francia, y al general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente, demostraban lo que acabo de manifestar. En ellas se decia: que al ser hechos prisioneros no habian visto dentro de la plaza y por todas partes, sino la humanidad y la civilizacion; que habian sido visitados por oficiales mexicanos decentes é instruidos, y recibido de ellos atenciones de esquisita delicadeza, cuando por los informes apasionados que recogieron en Francia, tenian una idea muy triste de los hombres que con las armas defendian en México las instituciones democráticas; que la Francia era una nacion culta y poderosa, y que ellos habian visto y palpado que México hacia esfuerzos por nivelarse á aquella nacion, y que por lo mismo México no podia ser enemigo de la Francia, ni la Francia enemiga de México; que ellos hacian los mas sinceros votos por que se arreglaran bien pronto las diferencias habidas entre uno y otro país, y que tenian esperanza de que esto se realizara, segun las cartas que habian recibido últimamente.

En cópias, y por distintos correos remití esas cartas al supremo gobierno, cartas que hacian un justo y merecido honor á México. Los correos cayeron en poder del enemigo, segun lo he inferido, tanto porque no volvieron á la plaza, como porque despues de mi salida de ella, no ví en los diarios de la capital de México, publicados aquellos documentos, sino los pocos que inserto en seguida con relacion al objeto de que me ocupo.

“Seccion de operaciones.—Puebla, 28 de Abril de 1863.—Al señor general del ejército mexicano.—Señor general en jefe.—Tengo el honor de darcs las gracias á nombre de todos los oficiales, sargentos y zuavos prisioneros franceses, por la bondad, fineza y benevolencia que hasta hoy no habeis cesado de mostrarnos; nuestro reconocimiento es tan grande cuanto puede sentirlo nuestro corazon. Me habeis concedido, mi general, que forme una lista de los prisioneros y de los heridos que se hallan en vuestros hospitales cuidadosamente asistidos. Habeis tenido tambien la bondad de autorizarme

para hacer comprar tabaco y distribuirlo entre los mismos, y por esto, mi general, os debo un gran reconocimiento que es la espresion del de todos mis compañeros.

Al adjuntaros el parte que dirijo á mi coronel, tengo el honor de someterlo á vuestro exámen, á fin de que tengais la bondad de hacerlo llegar á su destino.

Ayer he visitado á nuestros heridos, y he sabido por ellos cual ha sido la manera con que el ejército mexicano trata á sus enemigos, y estoy complacido de ver que la humanidad se manifiesta por todas partes.

Con el fin de evitar en las salas en que se encuentran nuestros heridos, pequeños disgustos entre sí, emanados por sus sufrimientos y dolores, tengo el honor, mi general, de someter á vuestra aprobacion un aviso que he redactado con objeto de mantener la disciplina; si lo juzgaseis á propósito y conveniente, os suplico que me autorizéis para hacerlo leer en los departamentos donde se encuentran nuestros soldados.

Esto no es mas que una simple medida de orden, relativa á nuestros intereses respectivos.

Recibid señor general en jefe, las seguridades de mi gran reconocimiento y aceptad de todos nosotros las gracias mas sinceras.

Vuestro muy respetuoso servidor.—(Firmado.)—*Blottd*, capitán del primer regimiento de zuavos, prisionero de guerra.

“Aviso.—El infrascrito, capitán del primer regimiento de zuavos, prisionero de guerra en Puebla, pone en el conocimiento de sus compañeros de infortunio, la bondad con que ha sido tratado por el señor general en jefe del ejército mexicano, y el favor que de dicho señor ha recibido, concediéndole el permiso de visitar los hospitales militares en los que se están curando muchos de nuestros soldados, por lo cual le dá las gracias con todo su corazon y á nombre de todos.

Aprovecho tambien esta ocacion para recordar á cada uno de los sargentos, cabos y soldados prisioneros que se encuentran en los establecimientos ú hospitales militares, que importa sea dignamente observada la bella disciplina francesa.

Cada uno debe considerarse feliz en medio de las desgracias de la guerra, cuando se tiene por enemigos á hombres dotados de humanidad. Al visitaros, prisioneros heridos, yo mismo he visto, y á vosotros he oido decir, que estábais tan bien como lo pueden permitir las circunstancias, esto es, en camas, tratados con bondad, y aún con mucho cuidado; demos las gracias todos á los jefes de estos establecimientos, así como á los médicos que tan bien conocen la humanidad. ¿Puedo contar con vosotros? Pues bien, observad la disciplina de que siempre habeis dado prueba.

Manchos de vosotros tenéis heridas graves, hacedlas mas honrosas, mostrándoos en medio de vuestros sufrimientos con toda la energía y abnegacion de que seais capaces, aceptando vuestra posicion. Sed humildes sin rebajaros, subordinados á vuestros jefes en los establecimientos donde os encontrais. ¿No estais seguros del bien que se os ha hecho? Los hospitales no siempre tienen los recursos suficientes para todas las víctimas de la guerra, y puesto que nuestro enemigo os cuida con igualdad á las suyas, mostraos respetuosos hácia sus agentes.

A fin de asegurar el orden en las salas, importa que los prisioneros heridos y aquellos á quienes el señor general en jefe ha hecho designar como enfermeros auxiliares, sean sumisos y observen una conducta ejemplar.

El sargento 1.º Merlier pasará diariamente por mañana y tarde á las salas destinadas á los prisioneros franceses, y se asegurará de que no hay queja alguna de nuestros soldados: y que estos se muestran reconocidos hácia los señores doctores, enfermeros y á todo el personal de los hospitales, previniéndoles al mismo tiempo sean respetuosos con las buenas hermanas de la caridad, que así como las nuestras se sacrifican por la humanidad:

El sargento Labrunié será encargado especialmente del buen orden de las salas y responsable de él.

Puebla, Abril 28 de 1863.—El capitán del primer regimiento de zuavos prisionero, *Blottd*

Carta del subteniente del primer regimiento de zuavos Duchesné, á sus padres.